

Sale todos los jueves.

Da mensualmente dos figurines, y cada trimestre un patron de tamaño natural.

Precio al mes.

Madrid. 10
Las provincias. . 14 } Franco
Si la suscripcion de
se hace en Madrid. 12 } porte.



SE SUSCRIBE

EN MADRID

En la librería estrangera, calle de la Montera, y en las provincias en las comisiones de la Agencia literaria, establecidas en las principales administraciones de correos y librerías del reino.

Las cartas y reclamaciones francas de porte.



BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

LA MARIPOSA,

PERIODICO DE LITERATURA Y MODAS.

ADVERTENCIA.

No deben extrañar nuestros lectores si manifestamos un interés en hacer público que, al propio tiempo que ha pasado á otras manos la empresa de LA MARIPOSA, ha variado tambien en un todo su redaccion. Causas que solo á nosotros atañen nos obligan á repetir ahora que, entre los actuales redactores del periódico y los que han escrito en él hasta fines de octubre último no existe mas vínculo ni otra relacion alguna sino la simpatía de amistad que se profesa la juventud.

Modas.

TRAJE DE CABALLERO. — Lo que en otro tiempo se llamaba *moda* no existe ya hoy dia. Entonces la moda consistia en cierto corte que se daba á la casaca y en un solo color, tipo irrevocable que se habia fija-

TOMO I.

do y cuya estricta imitacion constituia la verdadera elegancia. La elegancia de nuestra época se reduce á otra cosa, muy diferente á la verdad; no se trata en el dia de seguir una rigurosa exactitud, de no apartarse de un patron dado, no; es el buen gusto el que preside, el buen gusto solamente, en la *confeccion* de los trajes; cada cual tiene su modo de vestir, manera propia y peculiar suya que otro no puede imitar, y en la que consiste su elegancia. Pero á pesar de todo este buen gusto, de toda esta elegancia que hemos alcanzado en el dia, échanse de menos en los trajes masculinos de la época actual aquella magnificencia y riqueza de los de nuestros abuelos.

Entre todas las revoluciones y contrarrevoluciones que hace medio siglo se suceden unas á otras sin cesar, ya en política, ya en literatura, en ciencias y artes, solo una ha habido absoluta é inmutable, precisamente porque es á la que menos importancia se le ha dado, y sobre la cual ninguno se ha dignado decir una palabra. Desde este memorable periodo,

cuanto no se ha destruido y vuelto á crear! salvo el volverse á destruir y crearlo de nuevo.... Demasiado vasta es la cuestion para entrar en su examen por el momento; así, limitádonos á este único punto que se ha salvado de una manera tan completa y definitiva del trastorno general que nada ha perdonado y que todo lo ha puesto en cuestion, diremos, lo que ya hemos indicado, que solo el traje de caballero no ha dado paso alguno hácia las formas del de nuestros antiguos. Búsquese en efecto en el mayor y mas esplendente lujo que pueda presentarse en el día, y no se hallará en él un vestigio siquiera, ni una reminiscencia de todo aquel brillo y fausto de los cortesanos de Felipe V: y no tan solo en la corte, en la clase media de entonces, principalmente en el reinado de Fernando VI, se verá ese mismo esplendor. Que valen nuestras modas de ahora comparadas con las de la antigua aristocracia española? ¿Que sería de todos nuestros elegantes al lado de los jóvenes petimetres del siglo diez y ocho con sus vuelos de encaje, sus chalecos de brocado, y sus casacas de terciopelo y raso cubiertas de bordados de oro y pedrería? A la verdad que al contemplar esta elegancia, ó, mejor dicho, este lujo en los antiguos perdido ya para siempre, con que tristeza debemos considerar despues la mezquindéz del traje moderno, y cuanto debemos quejarnos de lo poco que se ha sabido en darle algun tanto de su antigua riqueza y poesía.

Las mugeres al menos han tenido mas ingenio que nosotros, y no han perdido ni olvidado nada de todo ese refinamiento de lujo y esmerado aliño del vestir de entonces.

Es necesario por consiguiente tomar las modas como son en sí, y no como debieran ser, y preciso es contentarnos con lo que pueda sacar de ellas nuestro buen gusto; ya que por un fatal capricho de los tiempos se considera como malo, lo que tiene poca novedad. Por eso, los sastres que mejor

gusto tienen no se hallan en la precision de hacer lo que los demas hacen, siempre del mismo modo, y siempre igual para todos; antes por el contrario, se aprovechan de ciertos rasgos de originalidad y elegancia que solo ellos saben elegir, y aplicar al individuo convenientemente; y en esto estriba y se resume todo el lujo que es permitido á los *fashionables* de hoy día. A estos toca escoger quiénes son estos entes privilegiados de la moda; y en verdad que no es tarea muy difícil; pues no pasan de tres ó cuatro sastres en todo MADRID! Tres ó cuatro; no aumentamos en mas, ni podemos, este cortísimo número, cuyos nombres no citamos, pues corren de boca en boca entre la gente elegante: citarlos, sobre escusado sería quizá germen de susceptibilidades. Está tan poco arraigada en nuestras costumbres la libre opinion de la prensa! Amarga tanto la sana crítica! Contenta tan poco la justa y limitada alabanza!.....

Se generaliza profusamente la moda de los gabanes; pero qué formas son las suyas! Cuanto mas horrible ha inventado el hombre otro tanto ha aplicado á esta gala desgraciada en su origen, y mas desgraciada aun en el nuevo corte que se le ha dado; aquella hechura esbelta y agraciada, suelta y vaporosa del antiguo gaban español, que debería ahora haberse tenido presente, ha sido sustituida por las bastardas formas del *paletot* francés. Qué ignominia! Una levita bastante grande, sin la graciosa hechura de los faldones y del talle, sino á manera de un saco que se pega al cuerpo, hé aquí el lindo traje que han adoptado todos nuestros elegantes. Pero es la moda que ha venido de París!!....

En cuanto al traje de calle y sociedad, no hay nada nuevo que indicar, nada nuevo en la acepcion rigurosa de la palabra; si bien hay en las modas de caballero ciertas variaciones de buen gusto que son casi imperceptibles, y son el tipo verdadero de la elegancia. Ya hemos dicho que esto solo está en la persona y en el sastre que la viste. Debemos decir sin embargo

que se hará este invierno una tentativa de lujo en los frakes de baile, que, creemos, tendrá buen éxito: se trata de forrar los faldones de seda blanca. Hé aquí una innovación feliz: un frak hemos visto de esta suerte que producía el mas lindo efecto. ¿Y qué diremos de pantalones? Siguen llevándose del mismo modo, á la inglesa y con botín: los pliegues anchos que empezaron á estilarse han decaído de tal modo, que ninguna persona de buen tono se atreve ya á llevarlos. Y las levitas? Siempre iguales: cuello bajo y corto, solapa que nace del medio del pecho formando una V, y con una sola fila de botones; poco vuelo y faldon corto. En chalecos y capas nada nuevo. Sin embargo, hemos visto un chaleco de abrigo hecho por Borrell (calle del Príncipe) que nos ha gustado sobre manera, y es al mismo tiempo una innovación, pues tiende á introducir la antigua chupa; y ciertamente no es otra cosa dicho chaleco que una chupa pequeña aunque mas agraciada en su corte; es cerrado hasta arriba con un cuello corto que vuelve á manera de solapa; y se separa de la cintura formando las dos caídas de una chupa y con el mismo triángulo de separación sobre el estómago; los bolsillos en dichas caídas; y una sola fila de botones.

Ha conservado nuestra época un lujo de la antigua, á saber, los bastones; en efecto, nuestros antiguos no usaron mas riqueza en sus cañas de Indias y juncos de Palestina, que la que se usa hoy día: esos puños de oro y bronce que hoy se llevan pueden muy bien competir con los de los caballeros de Felipe V: hasta un rubí, un opalo, y tambien un diamante se suele poner en los puños de los bastones, que ademas de la preciosidad del cincel llevan la riqueza de la pedrería.

La corbata negra, que hace algunos años se veía en tanto número en nuestras sociedades de buen tono, creemos será enteramente escluida este año. Volverá á tomar su antigua boga la corbata blanca, y con razon; pues es un progreso de elegancia en estos tiempos en que está á la moda

el progresar en todo. Corbata blanca de muselina con florecitas de seda, ó de raso con lunares de plata, he aquí lo mas *fashionable* en un verdadero elegante para presentarse en sociedad, y si á esto añade una blanca camisa de batista con su chorrera de encaje, su traje será completo; pero, como hemos dicho antes, cuán mezquino es todo esto en comparacion de la espléndida elegancia de otro tiempo; pero tambien id á poneros una gran chorrera, é inmensos puños como un señor del siglo XVIII, y os llamarán alguaciles, y se reirán de vosotros; de este modo ninguno se atreve á volver hacia la antigua y verdadera elegancia, y nos contentamos tan solo con variar alguna pequeña cosa en nuestro miserable traje.

EL SOMBRERO DE PAJA.

Sin concluir! como todas
las dichas de la vida.

PETRARCA.

Un año ha transcurrido desde que un comerciante de Madrid, pasando por un pueblecillo de la Alcarria, vió á una pobre jóven, cuya hermosa trenza negra le caía sobre la espalda haciendo resaltar la blancura de su tez. Ningun adorno ajustado oprimia su cuerpo ni sus brazos, lo que indicaba que habia desdeñado las galas que pudieran embarazarla en su trabajo. Y sin embargo, al ver esta labor ligera y delicada que se deslizaba entre sus dedos como sutiles hilos de oro, cualquiera hubiese dicho que la bella alcarreña se complacía, muy agena su alma de penas y cuidados, en tejer el sombrero de paja que debia ser un día, gracias á su habilidad, un modelo de industria española, aprendida, quién lo diría! en el asilo benéfico de la Inclusa. Pues por una de esas desgracias tan comunes en la vida, los padres de Pepita se habían visto precisados á depositarla al nacer en aquel lugar de compasión, hasta que mejores días la habían vuelto al seno paterno. Al considerar tan hermosa

obra, se informó el viagero del precio que exigía para obtenerla. Solo la joven debía trabajar en ella; pues otras manos que las suyas la echarían á perder; y era por consiguiente necesario que consagrara á la labor del lindo sombrero toda su habilidad y destreza y además sus días enteros, sus fiestas, sus veladas de familia, para no interrumpir un trabajo de cuya continuación pendía toda su belleza. Pidió 1200 reales. Quedó hecho el trato. Al año debía volver el mercader por su sombrero. Sesenta duros! Era la cantidad que hacía falta á Pepita para redimir del servicio militar á su prometido, al que debía ser su esposo.

Ella amaba; su objeto, el fin de sus afanes le daba fuerzas, la dotaba de valor, de paciencia. En cada paja cifraba una esperanza, en cada una de las trencillas que salían de sus dedos entreveía un paso más hacia la dicha, una nueva prueba de su amor que la colmaría un día de todas las felicidades del cariño correspondido; y alegre con sus deseos volvía á emprender su obra, y se sonreía al humedecer aquella paja en la que venían á parar todas las dulces ilusiones de un alma joven.

Aquellos que hayan gustado el pacer que se experimenta en tocar el rizo cortado de la cabellera de la mujer que se ama, ó en deshacer con los dientes la flor que ha estado en su seno, ó en colocar durante la noche al lado de su boca el guante perfumado que cubrió su mano, comprenderán fácilmente la inmensidad de la vida, los goces inefables que podía encerrar una de aquellas pajas entre los dedos de la enamorada alcarreña.

Los días, las semanas, los meses pasaban unos tras otros, si no rápida, al menos dulcemente para un corazón tan enajenado con las delicias del porvenir. Solo había en Pepita un pensamiento. Qué le importaban las rosas que se marchitaban en su frente? Qué era para ella la mirada compasiva que echaba sobre su encorvada cintura el pasajero! Qué sus amortiguados ojos, su lánguida sonrisa á causa del

cansancio! En las mallas delicadas que tejía había un mundo entero de ilusión, de íntimo deleite, en el que hallaba siempre como el confidente de su alma, el depositario de sus esperanzas, el apoyo en que estribaban todos los encantos de su futura existencia.

Vosotras, jóvenes de la corte, si supierais cuántas vigiliass, cuánta perseverancia cuesta formar ese sombrero de paja que os engalana, y que vuestro capricho adorna con flores, plumas y cintas, con mayor contento daríais vuestro oro por esa gala que ha hecho asomar la sonrisa á vuestros labios, y que encierra en sí quizá todo el secreto de un alegre ó triste recuerdo.

Y la hija de la Alcarria continuaba su obra, ya riendo, ya deteniéndose asustada delante de aquellas esterillas que se prolongaban á medida que el sombrero se extendía en circunferencia. Las vueltas que en un principio no necesitaban más que ocho días de trabajo, absorbían después quince, luego veinte; y finalmente semanas enteras. Tan continuada aplicación destruyó sus bellas formas; perdieron sus mejillas su sonrosado color, y debilitóse de tal manera su vista que se vió obligada á usar de anteojos. Pero Pepita amaba, y en su amor halló resignación para desdeñar la ironía de sus compañeras, para consolarse de las burlas de aquellos mismos que en otro tiempo la llenaban de lisonjas por su hermosura, y que, al verla tan mudada y sin aliño en sus galas, se reían de sus anteojos, y no adivinaban el heroísmo que encerraba su corazón. Insensible á tan amargas pruebas, y feliz con sus dolores, llegó al final de su obra de paciencia y de amor, y, cuando solo le faltaba la última vuelta de su sombrero, paró y quiso, antes de concluirle, pasar una semana de reposo.

Reposo! Así llaman á la calma que precede á la muerte, al aniquilamiento que sigue al dolor, á la resignación de un alma para quien han concluido las delicias de la vida; estupor horrible que se apodera de un corazón cansado de esperar y combatir!...

En esta misma semana, en una hermosa tarde de verano, caminaba vivamente un jóven soldado por las orillas del Henares; iba á cumplir su palabra de novio á la amante que le esperaba. Impaciente por volverla á ver descaba encontrar á alguno que pudiese indicarle la morada de su prometida. Conmovido, agitado, pensando en su futura esposa, distinguió á una muger sentada bajo la sombra de un olivar. Su talle y su cabeza se encorvaban lánguidamente hácia el suelo bajo su negra mantilla; sus pálidas mejillas, su amarillenta frente y su marchito cabello indicaban el sufrimiento en una de esas criaturas que, aunque jóvenes, han perdido su juventud. Unos anteojos verdes cubrian su mirar, y reflejaban sobre su rostro un color lívido que le daba el aspecto de un ser fuera ya casi de la vida. Ningun adorno ni atavío revelaba en ella pensamiento alguno de este mundo. Nada mostraba á la vista el sentimiento íntimo que absorbía á aquella muger, sola y apartada de las demas mugeres, ocultando en su interior la animación de su vida. Asi fue que el jóven soldado tuvo necesidad de recurrir á todo el ardor de sus deseos para acercarse á ella, y preguntarle casi dudando: «Sabreis decirme donde está Pepita S....?»

— Pepita! » exclamó ella. Y este grito de dolor salió del fondo de su corazon. Cayó desvanecida: la sangre al subir un momento hácia su frente le habia dado todo el brillo de su primera belleza. Su novio la habia reconocido, mas al sentimiento de la sorpresa sucedió en él la glacial reflexión, que le decia no era aquella muger lánguida y marchita la misma joven fresca y lozana á quien tanto habia amado; y no tuvo valor para sostener la realidad del presente comparada con sus brillantes recuerdos. En un instante analizó el fondo de su corazon, y solo halló en él la frialdad, el decaimiento; se estremeció á la idea de que no sería su vida mas que un largo y penoso deber, que el sagrado de su palabra le impelia á cumplir: como hombre débil y egoista no se sintió con

fuerzas para soportar su dolor, ni para hacerle frente: y, temiendo que la piedad ó los remordimientos enterneciesen su alma, abandonó á la víctima antes que volviese á su existir, y, para evitar que en ningun tiempo le llamase su conciencia hácia su deber, se apresuró á renovar su enganche por mas tiempo de servicio.

Cuando la desconsolada Pepita recobró sus sentidos, nada preguntó á nadie, pues lo habia comprendido todo: volvió al lado de su madre, y durante muchos dias padeció lentamente su corazon, y el sueño no cerró sus párpados en muchas noches; pero no trabajaba ya para su dote, para su dicha, para sus amores. Un año habia pasado en preparar un porvenir de felicidad, un año que pesaba sobre su corazon cual un siglo de dolor. Sus debilitados ojos, secos de tanto llorar, no podian levantarse hácia el cielo, y todas las tardes, al ponerse el sol, se arrodillaba delante de su madre, juntaba sus desfallecidas manos, apoyaba la frente en su seno, y con amarga sonrisa le pedia su bendición; pues á cada dia que pasaba creia recibir la última....

Una vez fue interrumpida esta escena de piadoso consuelo. Acercose un extraño á las dos mugeres recogidas en su dolor, y preguntó á speramente si estaba concluido su sombrero de paja.

Era el comerciante de Madrid.

Cuando el corazon se halla completamente poseido de una gran aflicción, todas las demas penas que llegan despues hieren en valde. No se siente la crisis, pero acaso el efecto es el mismo, quizá cada nuevo golpe aumenta un grado mas el mal, tal vez Pepita recibió entonces la herida mortal que abrevió su vida.

Así, en aquel momento, se levanta fria é insensible: va á buscar el sombrero de paja, le entrega al mercader, ve depositar su precio sobre la mesa con estúpida impassibilidad, y solo siente en si reanimarse el último soplo de la vida pa-

ra caer y perder la existencia, cual una estatua de marmol, cuando oyó al extranjero preguntarle friamente: «Por qué le falta una vuelta?»

.....
Pepita no es ya de la tierra. El sombrero de paja está en Madrid en uno de sus principales almacenes de modas. Alguna de vosotras que me estais leyendo ireis sin duda á comprarle: le adornareis de rosas; lindas cintas ondearán al rededor de vuestro cuello cuando le lleveis en una hermosa noche de estío. Y os estará tan bien que quien os acompañe no podrá menos de deciros que sois en extremo graciosa; que vuestro sombrero da realce á vuestra fisonomía, tanto por la perfeccion de su trabajo como por lo elegante de su hechura, y asomará entonces la sonrisa á vuestros labios, porque una muger se sonrie siempre cuando le dicen que agrada. Empero, si aunque leve profesais algun cariño á quien así os habla, si le amais, contadle la historia de la pobre Pepita; y suspirareis entonces interiormente al recordar porque vuestro lindo sombrero tiene una vuelta menos.

C. T.

EL APARECIDO.

En un viaje á Andalucía, al pasar por una aldea miserable situada al pie de Sierra Nevada me sorprendió la noche, y hube de pedir albergue y detenerme en ella hasta la madrugada. Habíame llamado la atención al entrar en el pueblo un edificio arruinado que parecia haber sido magnífico, y estaba como á doscientos pasos del camino que atravesaba por medio de aquellas inmundas chozas. La curiosidad me hizo preguntar á quien pertenecía aquella casa, y si sabian qué habia sido en su tiempo. No supieron darme razon alguna, mas me dijeron que, si deseaba saberlo, habia un anciano en la aldea que me contaría la historia de aquel edificio. Esta respuesta aguijoneó mas mi curiosi-

dad; y me acompañaron mis huéspedes á la morada del buen viejo, que me refirió el hecho siguiente, al cual daban gran fe todos los vecinos. Sentados al rededor de un gran fuego comenzó su relacion de esta manera:

Donde véis este pueblo tan miserable y decaído, fue en su tiempo una gran villa, cuyo señor, de ejemplar conducta al parecer, gozaba de gran prestigio entre sus moradores. Sucedió que con motivo de una fiesta religiosa dió un espléndido banquete al que asistieron muchas ricas familias de la comarca, y cuéntase que llegaron á reunirse hasta cien convidados. En medio de la algazara y alegría del festin, al echar un brindis, pronunció estas palabras con tonante voz: «Gozemos hoy de nuestra dicha, aparemos la copa del placer: quizá el llanto llegará de un momento á otro.»

No bien habia acabado de decir esto, entró un criado y le anunció que se prendia fuego á sus mieses y era preciso acudir sin demora. Bajó á la cuadra á tomar un caballo por llegar mas pronto, y al tiempo de ir á montar le recibió una coz en el estómago, que le hizo exclamar: «Muerto soy.»

Llevaronle á su lecho, y su agonía fue lenta y desesperada. En medio del dolor se le oia decir: «Son muy grandes mis pecados, y Dios no me los perdonará jamás!... Era tan estraña esta confesion, tan contradictoria con sus morigeradas costumbres, que los que le asistian no sabian á que poder atribuirle. Al tiempo de morir estalló una espantosa tempestad que llenó de terror á toda la villa, pero calmáronse los elementos en el momento que el cadaver fue arrojado en la huesa.

Algun tiempo depues corrió la voz de que se veía á deshora de la noche un espectro que vagaba en derredor de la casa del difunto señor, y habia quien afirmaba haber oido salir de ella un ruido confuso, por entre el que se distinguia una risa aguda y satánica; que temblaban los vidrios y saltaban los muebles

con horroroso estrepito : las rejas de hierro que circundaban el jardin se encontraban abiertas al dia siguiente, sin que nadie hubiese pasado por allí.

Este trastorno sobrenatural se extendió tambien á las cuadras del muerto, de manera que los caballos aparecian siempre cubiertos de espuma y sudosos como si hubiesen caminado toda la noche: y sin embargo podia asegurarse que no había sido así, tal era el ruido de coces y relinchos que se les habia oido. Hasta los perros de la casa ahullaban y daban ladridos los mas extraordinarios y espantosos.

Una criada vieja que guardaba el edificio y el hortelano aseguraban que habian oido á alguno subir y bajar las escaleras á caballo. Llegó á ser jeneral la inquietud en la ciudad cuando se adquirió la certidumbre por personas dignas de credito, que la sombra del difunto no solo erraba por los patios y jardines de su antigua casa, sino que corria las calles y la montaña vecina, saltando las colinas y los edificios sobre un fogoso corcel que dejaba un rastro de luz por donde pasaba.

Un judio decía que había tenido una lucha terrible con él dejándole acribillado á golpes. Un carretero qué le habia quemado su carro y herido á sus mulas. Lo mas sorprendente es que un pastor afirmaba que al acostarse venia todas las noches el espectro, y le molia los huesos haciendole rodar entre las sabanas, y á su muger, que era muy habladora, le habia pegado los labios de manera que no podia separarlos.

A cierta hora de la noche el resplandor de las luces se volvia triste y blanquecino; esta era la señal infalible de la visita del difunto. Los cántaros de leche que se dejaban al fresco aparecian al amanecer ó vertidos ó llenos de sangre. El agua de las fuentes se hizo insalubre y corrompida. A muchos ancianos se les encontró ahogados en su lecho. Todas las noches se repetian estos crímenes; y solo al espectro se podia atribuirlos.

Tal era el terror que causaban todos estos sucesos que ningun viagero se atrevia á pasar por el pueblo, ni los vecinos de la comarca querian llevar á vender á él sus comestibles. Dióse parte á la Inquisicion, y cuatro familiares de ella se constituyeron en la ciudad, determinando lo primero se averiguase si el señor de la villa habia muerto en efecto; para lo cual pasaron al cementerio con los habitantes mas animosos del pueblo. Abrieron varias sepulturas con precaucion, pues nadie sabia dar razon de la que se buscaba, pues habian muerto de una muerte violenta los que le enterraron. Halláronla por fin, pero observaron, no sin sorpresa, que todos los que habian sido sepultados bien antes ó despues, pero que estaban inmediatos á su fosa, habian sido reducidos á polvo, al paso que la piel de él estaba fresca y sonrosada, y sus miembros tan ágiles como si no hiciese mas que dormir: le pusieron un baston en la mano, le cogió fuertemente, abrió los ojos y los volvió á cerrar; le picaron una vena del pie, y salió la sangre en abundancia. Y sin embargo hacia seis meses que le habian enterrado.

El tribunal de la Inquisicion le condenó á ser quemado.

Pero la ejecucion de esta sentencia encontró un obstáculo muy extraño. A pesar de los violentos esfuerzos que se hicieron, no se pudo sacar el cadáver de la hoya. Por una inspiracion llevaron el caballo que le habia matado, y consiguió con gran pena tirar de él, hasta extraerle de la tierra: pero cuando se trató de destruir sus restos, se presentó otra nueva dificultad; el fuego no consumia su cuerpo; las llamas no hacian mella en él. Por fin hubo que dividirlo en pequeños trozos, y únicamente de este modo se le redujo á cenizas.

Desde entonces ha cesado de aparecer en la villa el señor de ella.

.....
¿Y su nombre sabreis decírmelo? pregunté al anciano.

— Mi abuelo le sabia; mas le guardó siempre como un secreto.

ALBUM.

Teatros. — El viernes pasado se estrenó en el del Príncipe, á beneficio de la señora Baus, el drama histórico, original, en cuatro actos y en verso, *BELLIDO DOLFOS*. Nada diremos de esta última produccion del señor Breton de los Herberos, pues ha caido ya sobre ella el terrible fallo del público: la segunda noche de su ejecucion estaba casi desierto el teatro, y no sabemos cómo la sociedad dramática se ha atrevido, al ver tan desamparados los bancos, á repetirla por tercera y cuarta vez. Diálogos pesados é interminables, ningun caracter principal que llame la atencion, estando el corto interés que ofrece el drama demasiado repartido entre todos los personajes, y una versificacion, que aunque buena, no puede llamarse sublime, han motivado esta frialdad del público, que no ha podido contener el buen nombre de su autor. La ejecucion ha sido generalmente buena.

En el de la Cruz se ha puesto en escena la ópera de Mercadante *Y BRIGANTI*. El éxito ha sido mediano, salvo el mérito que en sí tiene la partitura, y que el público de Madrid no ha podido conocer á causa de la ejecucion.

Rifa. — A beneficio del pintor Esquivel (que como es sabido ha quedado ciego) ha cedido su compañero el señor Vanhalen un cuadro, cuyo asunto es una batalla, y se rifará en el Liceo. El señor Elbo ha seguido su ejemplo y ha presentado con el mismo objeto otro cuadro, que representa un picador.

Desman de un cochero por demasiada exactitud. — El domingo pasado, cuatro damiselas de buen vivir tomaron un coche de los que paran en la calle de Alcalá, y ajustaron con el cochero que no le tendrian ocupado mas que hasta las siete de la noche: fueron á Chamberí, y despues de haberse divertido á su placer en la agradable compañía de cuatro pulidos mancebos de la calle de Postas, y viendo que se acercaba la hora de las siete, se despidieron de sus acompañantes, pues el *bien parecer* no permitia que los ocho fuesen juntos en el coche. Suben á este, y le dicen al cochero las lleve á Madrid por la fuente Castellana; mas, ó fatalidad! antes de llegar á dicha fuente dan las siete en el malhadado caldero del cochero: hace parar el coche; dice á las damiselas que se ha cumplido la hora y que deso-

cupen el carruage! Súplicas, lamentos, imprecações, nada fue capaz de ablandar el empedernido corazon del calesero: este por otra parte habia cobrado adelantado el alquiler. Nuestras jóvenes se vieron por consiguiente en el trance amargo de bajar en medio de los fangales de lodo é inmundicia causados por la lluvia de los dias anteriores, y se estuvieron allí quietas hasta el amanecer sin atreverse á mover de su sitio, pues ademas de la oscuridad de la noche, se encontraban en un atolladero de muy difícil salida. No sabemos si se resolverán al fin á citar al exacto cochero al juzgado de paz. Si así fuese ¿que decision tomará el juez en caso tan apurado?

Terremoto. — No hace mucho tiempo se sintió en Constantina un temblor de tierra bastante violento, lo cual no es raro en toda aquella provincia; pues el último fue en 1836. Un Kabil de las montañas vecinas esplicaba de este modo á los oficiales del ejército frances la causa de aquel fenómeno: «La tierra se halla sostenida por un gran buey que solo la mantiene en un cuerno; así, cuando se cansa de tenerla sobre este cuerno, la pasa al otro, y entonces es cuando tiembla.»

Triunfo singular en Roma. — He aquí á que grado de envilecimiento y de frivolidad habia llegado el pueblo romano bajo los emperadores. En tiempo de Teodosio había un hombre que llevaba ya veinte mugeres, y se casó con una que por su parte habia ya enterrado á veinte y dos maridos. El público, sabedor de este enlace, esperaba su fin con la misma impaciencia que el de un combate de gladiadores; la muger murió! Al instante se precipitó el pueblo en la habitacion del marido, le pusieron una corona en la cabeza y una palma en la mano como á un vencedor, y, llevado en un carro de triunfo, condujo él mismo la pompa fúnebre en medio de las aclamaciones de la multitud, y los aplausos de los senadores.

Mugeres. — En Constantina el bey tiene en su palacio, que es magnífico y de una grandeza verdaderamente oriental, mas de trescientas mugeres. Bueno es que no se permitan beyes en España, pues de lo contrario nos veriamos privados de tan preciosa porcion.

MADRID: IMPRENTA DE OMAÑA.